

TRANSFORMACIONES SOCIO ESPACIALES ANTE LA URBANIZACIÓN DEL CAMPO CON FINCAS DE RECREO EN LA VEREDA PONTEZUELA (RIONEGRO) DURANTE LAS DOS ÚLTIMAS DÉCADAS¹

EDISON OROZCO TORO

RESUMEN

Durante las dos últimas décadas la expansión de la ciudad sobre las fronteras rurales ha sido una constante en la zona del Altiplano (Oriente antioqueño). Uno de los fenómenos que se presenta con la urbanización del campo tiene que ver con la instalación de fincas de recreo por parte de las clases altas de la ciudad de Medellín, que encuentran en el campo un espacio amortiguador y regenerador ante el estrés y caos que produce la vida en la ciudad. El presente informe muestra los resultados de un ejercicio investigativo de tipo etnográfico realizado con la comunidad de la vereda Pontezuela de Rionegro. A través de técnicas investigativas como los diarios de campo y la entrevista, se construyeron los datos cualitativos que permitieron abordar el tema desde un enfoque comprensivo y crítico. La información construida fue sometida a un diálogo con otros referentes investigativos y con categorías conceptuales que dan cuenta de los planteamientos teóricos de la nueva ruralidad, que le da un nuevo enfoque a lo rural desde una mirada territorial, integrando las dinámicas económicas, políticas y culturales, al tiempo que lo inserta en lo local, en lo nacional y en los procesos de globalización. Como resultado de este trabajo, es necesario señalar que en Pontezuela se presentan conflictos entre veraneantes y nativos, que afectan la forma en la cual estos le dan significado al territorio ante la privatización del campo por parte de aquellos; que la valorización y la especulación con la tierra, acompañadas de las presiones socioeconómicas de los veraneantes ante la compra de predios, han ocasionado el desplazamiento de nativos hacia las áreas urbanas de la región. La individualización de las clases altas conduce a la división de la comunidad rural.

Palabras clave: nueva ruralidad, rurbanización, Oriente Antioqueño, fincas de recreo, veraneantes, nativos.

¹ Este trabajo es resultado de un ejercicio investigativo realizado durante los meses de mayo y noviembre del 2010 en la materia de diseño cualitativo II, pregrado en sociología, con la asesoría de Andrea Lissett Pérez, docente de sociología Universidad de Antioquia.

INTRODUCCIÓN

En este texto describo los cambios socio-espaciales que se presentan en la vereda Pontezuela del municipio de Rionegro (Oriente antioqueño), ante la instalación de fincas de recreo por parte de las clases altas de Medellín en las últimas dos décadas. Este fenómeno, resultado de la expansión de la ciudad por encima de sus fronteras rurales, hace parte de un proceso más complejo de urbanización del campo que incluye temas como el agotamiento de los recursos naturales, la desagrarización de territorios aptos para la producción agrícola, el asentamiento agroindustrial y la consecuente proletarización del campesinado, entre otros.

La llegada de veraneantes a la vereda está relacionada con las transformaciones que ha vivido la región a partir de la segunda mitad del siglo XX en cuanto a la implementación de una serie de mega proyectos: la construcción de la Autopista Medellín – Bogotá, que parte el Oriente antioqueño en dos; la edificación del Aeropuerto Internacional José María Córdoba; la inundación de terrenos en la zona de Embalses para la construcción de complejos hidroeléctricos; y el asentamiento industrial alrededor de los corredores viales. Estos cambios, sumados al colapso del Área Metropolitana de Medellín, en su modelo de ciudad compacta, han desencadenado un proceso expansivo de sus habitantes, en especial las clases altas, hacia las periferias rurales del Altiplano.

Investigaciones cercanas a la región como las de Agudelo (2002), Zuluaga (2000, 2005) y Gonzales (2009), han hecho énfasis en los procesos de crecimiento de la ciudad, explicando los motivos por los cuales Medellín se ha expandido por encima de sus periferias ante un acelerado aumento poblacional, a la vez que han advertido cuáles son las consecuencias –de tipo ambiental, económico, político, social y hasta cultural– de no controlar dicho fenómeno a través de mecanismos legales como los planes de ordenamiento territorial. Sin embargo, en el

componente social no se ha profundizado en el tema específico de los veraneantes, salvo Zuluaga en su investigación hecha en Santa Elena (2005).

Mi interés se centró en aquellas relaciones de tipo conflictivo entre la población de la vereda –nativos– y los nuevos residentes –veraneantes²–. Describo las transformaciones que han originado la disolución de los lazos de solidaridad orgánica (Tönnies, 1977) al interior de la comunidad nativa, abordando la forma en que se empezó a urbanizar la vereda desde una perspectiva conceptual que entiende la urbanización del campo como la generalización de los modos de vida (Baigorri, 2000); haciendo énfasis en los cambios cualitativos de la población, y que están sujetos a procesos históricos más amplios que determinan la vida local, como lo ha sido el proceso de industrialización en el Altiplano.

Una primera parte del escrito lo dedico a explicar la llegada de la población veraneante a la vereda, señalando los factores determinantes que permitieron su entrada a un territorio rural. Relato el momento de partida del fenómeno en las transformaciones socio-espaciales y el papel que jugó la dinamización de la región en los sesenta luego de un periodo de retroceso social, político y económico ante otras regiones del departamento. Es decir, cómo el proceso de industrialización, cambia las formas de empleo y los usos del suelo en el Altiplano.

Con el asentamiento industrial en esta parte del territorio, se inicia un fuerte proceso de concentración demográfica en lo urbano, lo cual también genera que la ciudad se expanda sobre la periferia. Este proceso recibe el nombre de rurbanización, concepto sociológico que le da un nuevo enfoque territorial a lo rural, que amplía el horizonte de análisis y de comprensión ante fenómenos cualitativos. Este tema lo desarrollo en un segundo punto del escrito.

Un tercer apartado lo dedico a caracterizar la población veraneante. Además de las dinámicas de rurbanización y de los atributos que Pontezuela tiene para que las clases altas centren su interés allí –elementos de infraestructura, de

² Palabra utilizada por los nativos para referirse a aquellos que usan sus predios como fincas de recreo.

equipamiento físico—, también hay un nuevo imaginario colectivo que mira con interés el campo, pues los veraneantes encuentran en este un espacio amortiguador y regenerador del estrés y del caos que produce la vida en la ciudad.

En un cuarto momento doy cuenta de la problemática que genera la llegada de veraneantes al interior de la comunidad nativa. La individualización de las clases altas conduce a la división de la comunidad lugareña, pues los primeros subordinan y determinan la vida de los segundos. Hay una alta segregación socioespacial ante problemas relacionados con la privatización de los espacios rurales; también suceden casos de desplazamientos “legales” de nativos; hay una conjunción de elementos como la valorización y la especulación con la tierra, acompañadas de presiones de tipo económico, que motivan a los campesinos a vender sus parcelas a grupos inmobiliarios y veraneantes. Hay un choque entre dos grupos sociales con costumbres y formas diferentes de habitar el territorio.

Finalmente, con este ejercicio investigativo planteo aportar al debate de las nuevas formas de ocupación de los territorios rururbanos en la región del Oriente. La descripción que ofrezco tiene como base los testimonios de la comunidad y las interpretaciones que ellos hacen de las dinámicas actuales en la vereda. Por lo tanto, mi papel fue reconstruir la información recolectada de ellos para analizarla a la luz de algunos de los planteamientos de la sociología rural.

METODOLOGÍA

Este ejercicio investigativo partió de los elementos fenomenológicos que ofrece Schütz (1993) en relación con los actos significativos. Retomé elementos relacionados con los juegos de temporalidad y sus procesos, porque la investigación que propuse tuvo en cierta medida un carácter histórico. Lo que plantea Schütz es que en cada palabra, en cada frase, el individuo se remonta a determinado momento de su vida, es decir, entran a jugar elementos como sus recuerdos, vivencias, anécdotas, sueños, anhelos, sentimientos y los significados

que le ha dado ha determinado hecho y que influye tanto en sus palabras como en sus gestos. Los testimonios pueden girar tanto en pasado, presente y futuro.

El aporte de Schütz, en cuanto a las intersubjetividades, fue de suma importancia, porque en el proceso de investigación fue fundamental construir una relación vertical con las personas, pues mediante una auto-interpretación que hice de las vivencias de las personas investigadas y de las mías, obtuve más herramientas para comprender exhaustivamente los significados que le dan los sujetos a los hechos, y el verdadero sentido que para ellos tiene determinada acción.

El objeto de estudio fueron los habitantes de la vereda Pontezuela, municipio de Rionegro (Oriente antioqueño). La información que recolecté se dividió en dos segmentos de población: los que residen en Pontezuela de forma permanente – nativos, de origen campesino, con salarios bajos, pues la mayoría trabaja como obreros en las floristerías de la región, su nivel socio económico no supera el estrato tres– y las personas que habitan la vereda durante los fines de semana – veraneantes, ciudadanos profesionales y comerciantes, de altos ingresos económicos–. En cuanto a estos, la información fue más limitada, hecho evidente en este escrito.

Trabajé con personas que desempeñan los siguientes roles: estudiantes universitarios, líderes y representantes la junta de acción comunal, empleados de floristerías, personas de la tercera edad, vendedores ambulantes, mayordomos de fincas de recreo, campesinos, amas de casa, empleados del Colegio Baltasar Salazar, comerciantes y veraneantes.

La delimitación temporal e histórica la centré en los últimos 20 años, tiempo decisivo en las transformaciones socio-espaciales de Pontezuela. Claro, esto no significó que dejara de lado el proceso histórico de la vereda y de la región.

Las estrategias metodológicas que use en este ejercicio investigativo fueron básicamente dos: la observación participante y la investigación documental. En cuanto a la primera enlacé precisamente estos dos elementos –observación-

participación—, lo que me abrió la posibilidad de convertirme en un sujeto activo. La investigación documental la utilicé como segunda alternativa, pues la investigación no solo se realiza a través de la interacción directa con los individuos; fue otro medio para entrevistar y darle vida a los documentos, para leer entre líneas y confrontar la información adquirida en el trabajo de campo. En la medida de lo posible use fuentes primarias, aunque tampoco descarté la información producida por terceros.

Utilicé como método de análisis y de confrontación de los diferentes puntos de vista, las teorías de análisis del discurso para hallar conexiones entre el sujeto y la estructura, que me permitió consolidar una información adecuada con la realidad.

ANALISIS Y RESULTADOS

Pontezuela y el Oriente antioqueño

Un balance previo de la documentación consultada, en cuanto a la instalación de fincas de recreo en espacios rurales del Altiplano, me remitía a lugares cercanos a los principales corredores viales que conectan a este territorio con la ciudad de Medellín. Referencias como las de Agudelo (2002), Zuluaga (2000, 2005) y Gonzales (2009), coinciden en señalar que las clases altas se ubican en periferias próximas a los centros poblados, en sitios de su entorno inmediato donde pueden interactuar con la ciudad y el campo. Los lugares más atractivos para la llegada de veraneantes han sido el sector de Llano Grande, en cercanías con el Aeropuerto José María Córdoba, los espacios aledaños a la Autopista Medellín-Bogotá, y las periferias de municipios como El Retiro, Guarne y Rionegro.

El lugar seleccionado para realizar el ejercicio investigativo fue la vereda Pontezuela, sector aledaño a Llano Grande en Rionegro. Varios factores me llevaron a elegir este sitio. Primero, la configuración histórica de la localidad: Pontezuela fue el centro poblacional por medio del cual sus habitantes se expandieron en el territorio hasta llegar a conformar otras veredas que hoy hacen

parte del corregimiento Sur del municipio³, con predominio de los apellidos Castro y Ríos entre los pobladores; segundo, la vereda cuenta con una serie de equipamientos físicos –vías, colegios, redes de servicios públicos, etc.– que le dan un valor agregado en comparación con otros sitios y que facilitan “la llegada” de nuevos veraneantes; y tercero, la presencia actualmente de más de 80 casas de veraneo en la localidad⁴, hecho que adquiere trascendencia porque en muchos casos comparten linderos con predios de nativos, permitiéndome así indagar por las relaciones socio-espaciales entre ambos grupos. La investigación en Pontezuela no niega su realización en otros lugares del Altiplano, sin embargo, estos aspectos y la facilidad de interacción con la población, fueron elementos decisivos en su elección.

Hay varias formas para llegar a Pontezuela. La vía principal conecta los municipios de Rionegro y La Ceja por el sector de Llano Grande. El centro de la vereda está separado así por 15 kilómetros del casco urbano de Rionegro y 6 del de La Ceja. Otra forma de acceso, inicia en predios de la Universidad de Antioquia, Seccional Oriente (kilometro 6 vía Rionegro-San Antonio de Pereira-La Ceja), y recorre 4 kilómetros más por un camino destapado que cruza la vereda El Capiro hasta el mismo centro de Pontezuela. Centro que es reconocido como El Crucero por ser el nombre del principal estadero de la localidad; además es el sector donde se concentran más viviendas de origen nativo, y porque allí también confluyen sus habitantes en torno a diferentes actividades, como la llegada y partida de las rutas de buses que recorren el corregimiento Sur, las labores educativas del Colegio Baltasar Salazar y la localización de los principales establecimientos comerciales.

A un kilómetro de este lugar vive Elsy Rios Castro, poetiza que ha permanecido por más de 80 años en su hogar natal, reconocida en toda la zona por su liderazgo y compromiso con el desarrollo de la comunidad, y que conserva la estructura arquitectónica de su casa de la misma forma en que fue erigida por sus

³ Actualmente el corregimiento Sur de Rionegro lo integran un total de nueve veredas, a saber, Vilachuaga, Santa Teresa, EL Capiro, Higuierón, Cabeceras, Guayabito, Chipre, Tres Puertas Y Pontezuela.

⁴ Cuento realizado de forma empírica en compañía de habitantes de la vereda.

antepasados a mediados del siglo XIX. Rodeada de un intenso verdor, protegida por grandes pinos ciprés, construida en un pequeño llano y lindante de un amplio proyecto parcelario, la casa de Elsy da cuenta de una construcción tradicional antioqueña: paredes de tapia, grandes habitaciones, corredor exterior, postes y zarzo de madera y tejas de barro. Claro contraste en comparación con el tipo de arquitectura usada por las parcelaciones vecinas en donde predominan el uso del ladrillo, el concreto, y las construcciones de dos y tres plantas.

En mi dialogo con la poetiza, realizado en su biblioteca personal, otrora carpintería de su padre, conocí la historia de Pontezuela. Una larga y emotiva narración, sustentada además en un texto que ella misma escribió con el nombre “Historia de mi comunidad” en 1994, me permitió identificar 3 grandes momentos históricos:

Primeros asentamientos en la zona: el desarrollo de la vereda y de sus primeros poblamientos, surgió paralelo a los procesos de colonización de pueblos cercanos como Rionegro y La ceja del Tambo, donde el cruce de caminos entre ambos municipios propició este hecho, además de la expansión antioqueña hacia otras regiones, en especial hacia el sur del departamento durante el siglo XIX.

Consolidación como vereda: la creación de la escuela rural integrada en 1912, la fundación del movimiento católico *La Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús* en 1918, que convocaba a los pobladores entorno a actividades religiosas, y la construcción de una capilla en 1936, fueron algunos momentos que marcaron el proceso de consolidación veredal. En aquella época, “las cosas positivas que se vivían en la región eran el amor a la tierra y a la unidad familiar; la gente nacía, crecía y construía su futuro al lado de los suyos, sin mayores alteraciones”. (Elsy Rios. Entrevista 2010).

Momento de las “transformaciones”: a partir de la segunda mitad del siglo XX surgen nuevos procesos de cambio al interior de la vereda:

[...] Más adelante fueron apareciendo los cultivos de las flores, que fueron como la puerta por donde se empezó a escapar la población campesina y empezó a decaer la agricultura [...] los campesinos ya se empleaban en estos cultivos. Eso arrancó del cincuenta para

adelante, y ya el cambio más drástico se empezó a ver del setenta en adelante” (Entrevista 2010).

En cuanto a los cultivos de flores, la poetiza se refiere a la instalación de las primeras floristerías en la zona durante la década de 1970: Flores el Caribe –en terrenos de Pontezuela– y Flores de Oriente⁵ –en la zona de la vereda El Capiro–. Martín Vergara, de 40 años aproximadamente, también afirma al respecto: “Esta era una zona agrícola, pero últimamente ha tomado mucho la delantera es la floricultura. Ya dejaron de cultivar la tierra, ya están es con las flores porque da más beneficio económico” (Martín Vergara, trabajador de flores, líder comunal. Entrevista 2010).

El decaimiento de la agricultura tradicional –lamento visible en ambos testimonios–, motivado por los altos costos de producción y por las nuevas ofertas laborales en floristerías, que garantizaban estabilidad laboral y mayores ingresos económicos, coincidió con el proceso de industrialización que vivió la zona del Altiplano a partir de los años sesenta y setenta. Así pues, “el Oriente antioqueño adquirió un nuevo significado para los grupos de poder antioqueños, que proyectaron entonces la extensión de la industria de Medellín a Rionegro, el inicio de la agroindustria de exportación (flores) y la prolongación de su hábitat al Altiplano”(García, 2007:136).

Ahora, este proceso involucra finalmente un cambio en los modos de producción, el paso de una economía tradicional –pre-capitalista–, donde los campesinos controlan el proceso de producción y consumen gran parte de los productos cultivados en sus tierras, a un modelo capitalista, en el que hay total dependencia del mercado, tanto para adquirir sus alimentos como para vender su fuerza de trabajo a floristerías. Según Salgado, la agroindustria “[...] es la fase en que la agricultura se subordina a lo urbano-industrial y es el eslabón débil de la cadena; la primacía de una relación agricultura-industria y trabajo asalariado, y de articulación al capital trasnacional y al mercado internacional” (2004: 183). Así

⁵ De acuerdo a la información de su página web (<http://floresorientegaleon.com/otros.htm>), consultada el 11/10/2010, en la actualidad ocupan un terreno de más 200 hectáreas. Aunque el número de empleados no aparece especificado, varios de ellos coinciden en afirmar que la cifra supera las 1.000 personas.

pues, la constante vinculación de nativos a floristerías da paso a un periodo de proletarización, entendiéndolo como un incremento en la dependencia de las familias respecto del trabajo asalariado, junto a un decaimiento en su control sobre los medios de producción.

De otro lado, y retomando el testimonio de Elsy, subrayo un segundo tema en la fase que ella denominó “*momento de las transformaciones*”, que hace referencia a la llegada propiamente de veraneantes a Pontezuela, tema central de este escrito:

[...] la tierra se empezó a vender en ese entonces por mucho dinero [...], estas tierras se iban valorizando enormemente, y como ya no había cultivos y posibilidades de mantenimiento con la agricultura, preferían vender la tierra y emplearse en los pueblos o en los cultivos. La mayoría de la gente de Medellín la compraba con el fin de hacer fincas de recreo (Elsy Ríos. Entrevista, 2010).

Otras consultas en documentos y testimonios de más habitantes nativos, me confirmaron que la constante, a partir de las últimas dos décadas, en la vereda fue la vinculación de la población –tanto mujeres como hombres– a floristerías, la venta de predios, y el permanente asentamiento de nuevos pobladores –veraneantes– en la zona, hecho que guarda relación con las transformaciones que ha vivido la zona del Altiplano a partir de la segunda mitad del siglo XX en cuanto a la implementación de una serie de megaproyectos: la construcción de la Autopista Medellín – Bogotá, que parte el Oriente antioqueño en dos; la edificación del Aeropuerto Internacional José María Córdoba; la inundación de terrenos en la zona de Embalses para la construcción de complejos hidroeléctricos; y el asentamiento industrial alrededor de los corredores viales. Estos cambios, sumados al colapso del Área Metropolitana de Medellín en su modelo de ciudad compacta, en contraposición al auge creciente de la ciudad difusa⁶ (Gutiérrez, 2009: 67) han originado un proceso expansivo de las clases altas hacia periferias rurales como Pontezuela.

⁶ La principal característica de la ciudad compacta es su crecimiento hacia arriba, mientras que en la ciudad difusa es la ocupación dispersa del territorio.

Por otra parte, los procesos de industrialización también están ligados a las dinámicas de urbanización. Según Lefebvre (1980), la sociedad urbana es una tendencia que surge de la industrialización, es decir, por un proceso de asimilación y dominación de la producción agraria. Con el advenimiento de la industrialización y la concentración demográfica en las ciudades, y la consecuente despoblación en el campo, se inicia una mayor urbanización. Así, en el tránsito de la ciudad comercial a la ciudad industrial ocurre una inflexión de lo agrario hacia lo urbano. Allí hace su aparición completa el capital. La industria se acerca a la ciudad en busca de capitalistas, de fuerza de trabajo y de mercados. De la ciudad industrial se da el tránsito a la ciudad urbana, donde finalmente hay un proceso de implosión-explosión en las ciudades, se da una fuerte concentración de la vida humana en lo urbano, definitivamente lo rural, queda subordinado a la ciudad.

¿El campo?: ya no es más -nada más- que 'los alrededores' de la ciudad, su horizonte, su límite. ¿Y las gentes de la aldea? Desde su punto de vista ya no trabajan para los señores terratenientes. Ahora producen para la ciudad, para el mercado urbano. Y si bien saben que los negociantes de trigo o madera los explotan, no obstante, encuentran en el mercado el camino de la libertad (Lefebvre, 1980: 18).

Ahora, si la tendencia es la urbanización de las ciudades, también hay que enfatizar que necesariamente estas se expanden sobre sus periferias rurales, como consecuencia del crecimiento urbano. Finalmente, el campo pierde territorio, es utilizado en funciones diferentes a la producción agrícola; se acortan las distancias, y las actividades humanas (comerciales, administrativas, educativas, de habitad, ocio, recreación, etc.), también se expanden y fluyen hacia las áreas rurales cercanas a la ciudad. La llegada de veraneantes a Pontezuela ha sido una de estas manifestaciones que hace referencia a la urbanización del campo.

Urbanización del campo

Para establecer si en Pontezuela se da un verdadero proceso de urbanización, recojo los siguientes datos: según las cifras oficiales de la Junta de Acción Comunal, hay alrededor de 320 viviendas –sin distinción entre casas de nativos y

de veraneantes—, y aproximadamente 1000 habitantes⁷. Según catastro municipal, hay un total de 437 de predios registrados oficialmente, y en dos de estos hay subdivisión de propiedades, sumando 19 unidades parceladas más. Empero, en las oficinas administrativas carecen de información más detallada, en cuanto a la concentración de viviendas cerca de los corredores viales, pudiéndose interpretar como si realmente las casas se encuentran dispersas en un vasto territorio.

En cuanto a la clasificación del suelo y los usos reglamentados por el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) del año 2000, encuentro que en dicho instrumento de planeación los corredores de la vía que conecta a Rionegro y La Ceja por el sector de Llano Grande, se permite la suburbanización del territorio. De acuerdo con el artículo 34 de la ley 388 de 1997 se entiende por suelo suburbano:

Constituyen esta categoría las áreas ubicadas dentro del suelo rural, en las que se mezclan los usos del suelo y las formas de vida del campo y la ciudad, diferentes a las clasificadas como áreas de expansión urbana, que pueden ser objeto de desarrollo con restricciones de uso, de intensidad y de densidad, garantizando el autoabastecimiento en servicios públicos domiciliarios, de conformidad con lo establecido en la Ley 99 de 1993 y en la Ley 142 de 1994. Podrán formar parte de esta categoría los suelos correspondientes a los corredores urbanos interregionales [...].

La clasificación de los sitios aledaños a los corredores viales como suelos suburbanos, ha permitido la urbanización de la vereda con fincas de recreo, de la misma forma que la configuración histórica de la región (industrialización) también ha influido en dicho fenómeno. Sin embargo, mi lectura pretende superar las cifras y los datos cuantitativos, ampliando el horizonte de comprensión de los fenómenos de urbanización del campo al ligarlos con una serie de cambios de tipo cualitativo, hecho que no tienen en cuenta las normas y los datos oficiales.

Según Baigorri, la urbanización, como proceso indisoluble de la revolución industrial y del capitalismo, también ha producido la urbanización en los modos de vida de lo rural, es decir, “lo urbano ya no está únicamente en las ciudades”. “[...]”

⁷ Esta cifra la componen los nativos y las familias de mayordomos. Oficialmente no hay datos que estimen el número de veraneantes por ser una población flotante que sólo está en la vereda en los fines de semana.

de forma que únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir preindustrial, y en este sentido precapitalista” (Baigorri, 2000: 3). Las dinámicas de urbanización entonces, no pueden verse de forma acumulativa y cuantitativa, sino en cuanto a extensión de estilos culturales, de modos de vida y de interacción social. No sólo se debe ver la desaparición física del campesinado como un colectivo social y productivo, sino como la desaparición de una cultura.

Así, su tesis fundamental, apunta a que es inútil para la sociología defender la separación epistemológica entre urbano y rural, pues el proceso de urbanización del campo es también una generalización de los modos de vida. “Lo rural serían apenas algunos intersticios, fuera de la marcha de la civilización, que quedarían en el interior de lo que denominamos la urbe global” (Baigorri, 2000: 7).

Lo que supone este planteamiento, es un análisis interdisciplinario para el estudio de lo rural. “Sólo el análisis de las formas de agrupación e interrelación social en el espacio puede ayudarnos a matizar esa gradación, siéndonos más fácil a partir de ahí el localizar vectores más estrictamente sociológicos”. De esta forma propone el concepto espacial de *rurbanización*⁸, que busca dar cuenta finalmente del grado de *generalización de los modos de vida* en el campo (Baigorri, 2000: 4).

En cuanto a que en Pontezuela se presente un proceso de rurbanización de la forma en que aquí se plantea, considero que hay información suficiente que así lo confirma. Un primer antecedente es el paso de la producción agrícola parcelaria a las formas de empleo asalariadas en cultivos agroindustriales, lo cual hace que económicamente la población nativa dependa de un sueldo y no de los productos cultivados en sus tierras. Al respecto, el testimonio de un nativo:

La agricultura se acabó mucho. Aquí cultivaban mucho lo que era la fresa, la papa, el frijol, pero ahora ya es muy poquito lo que se ve por ahí en cultivos agrícolas. Esto ya son puras

⁸ Concepto que acojo para referirme a la urbanización del campo. A mi juicio recoge los cambios macro y a la vez micro de los asuntos sociales. Prescindo así, de otros conceptos como periurbanización, conurbanización, suburbanización, entre otros, que en esencia expresan lo mismo: urbanización de lo rural.

flores. Hoy en día como pa' la gente es más fácil comprar el paquete de arepas, a decir que va a sembrar una mata de frijol o de maíz para prepararlas [...] ya es como comodidad. Es más costoso sí (Ángela Ríos, ama de casa. Entrevista, 2010).

A lo anterior se suma que el decaimiento de la agricultura en la vereda también está relacionado con la llegada de veraneantes, pues su interés no está cultivar la tierra, sino en conservarla en prados. Los siguientes testimonios así lo confirman:

“No. Ningún patrón en Pontezuela lo acepta [se refiere a cultivar la tierra]. Tiene que ser un patrón muy buena gente. Hay mucho que hacer por ahí. No dan como la forma de trabajar como de cuenta de uno, o así sea con los patrones, aunque estas tierras son muy buenas pa' trabajalas” (Humberto Orozco, mayordomo. Entrevista, 2010).

“No, muy poquito. Tienen una huerta casera en cada finca. Esto es lo que hace un rico: tiene sus legumbres para llevar para Medellín y una o dos vaquitas, como es el caso en esta finca vecina donde no dejan cultivar sus prados verdes. (Martín Vergara, trabajador de Flores. Entrevista, 2010).

Un segundo aspecto que confirma la rurbanización en Pontezuela, son los equipamientos físicos y la infraestructura instalada: primero, la pavimentación de la carretera que une a Rionegro con La Ceja por el sector de Llano Grande –que ha desencadenado en un amplio flujo vehicular y que se traduce en el tránsito por el lugar de más de seis rutas de transporte público de buses, incluyendo también el servicio de taxis durante las horas del día–; segundo, el Colegio Baltasar Salazar, catalogado por las autoridades municipales como “colegio modelo del municipio” y con capacidad para acoger a aproximadamente 800 estudiantes; tercero, la presencia de dos capillas religiosas en la zona, de tres supermercados, y de varios centros de recreación y/o de ocio. También destaco la tenencia en los hogares, sin distinción entre casa campesina o veraneante, de elementos como antenas satelitales de Directv y líneas telefónicas –incluso hasta de internet–, de servicios públicos de agua, recolección de basuras, luz y alcantarillado.

Un tercer aspecto que da cuenta de la rurbanización de la vereda es su población. Se empieza a evidenciar el anonimato y la pluralidad de personas en cuanto a su procedencia. Una breve caracterización de sus habitantes me indica que hay una

gran diversidad de orígenes, los apellidos Castro y Ríos tienden desvanecerse ante la cantidad de personas que habitan o frecuentan Pontezuela. Se distinguen dos grandes grupos sociales, heterónomos entre ellos mismos: los veraneantes y los lugareños. En cuanto a los lugareños están las personas nacidas en la vereda, y los procedentes de otros lugares que han llegado a poblar la vereda, como los mayordomos –traídos por veraneantes de municipios como Argelia, Nariño y Abejorral– y los empleados de floristerías. Por su parte entre los veraneantes hay una gran variedad de personas –empresarios, profesionales de la salud, comerciantes, académicos, etc.–, que conlleva a que el único elemento semejante entre ellos sea el hecho de ser veraneantes. De otra parte, en la vereda es constante la alta presencia de turistas, transportadores, estudiantes, empleados de inmobiliarias, y personas de paso que finalmente diversifican la zona.

Los veraneantes y las actividades neorrurales

Recorrí la parte alta de la vereda en inmediaciones con el cerro El Capiro, en dirección Occidente-Oriente partiendo desde el centro de Pontezuela, con el objetivo de determinar el tipo de actividades que realizaban los veraneantes al interior de sus casas, pese a que en ellas la visibilidad es nula debido al completo hermetismo con el que las protegen. De diez fincas de recreo recorridas, aprecie prados verdes y arborizados en sus alrededores; viviendas con estructuras físicas destinados a actividades de ocio y/o descanso, como por ejemplo piscinas, mesas y sillas en los prados, parques de juegos, y en algunos casos, pequeños campos de fútbol. En seis propiedades hay caballerizas y vehículos cuatrimotos.

En El Crucero, noto con alguna regularidad que cada tres o cuatro minutos entran a este lugar y al supermercado del frente veraneantes en busca de artículos; minutos después salen con algunas bolsas y arrancan nuevamente en sus autos lujosos. Según el administrador del establecimiento, es una acción constante los fines de semana, como también es usual “que nunca se sienten aquí a consumir algo, por lo general compran lo suyo y se marchan para sus casas”.

Cuando transitaba hacia El Crucero, por la vía que parte desde La Ceja, entré a observar la Hostería el Mirador de Pontezuela, en límites entre ambos municipios (Rionegro, La Ceja). Aprecié nueve caballistas que departían en una mesa unos tragos de aguardiente. En otro rincón estaba un grupo de siete personas degustando un plato de comida. De acuerdo con un mesero del lugar, eran clientes conocidos de la hostería y tenían fincas de recreo cerca de este lugar. Posteriormente, continúe mi transito por el centro de Pontezuela donde observé una lujosa capilla (Niño Jesús de Praga) en la que se celebraba un matrimonio, había cerca de 30 autos lujosos estacionados en los alrededores del centro religioso. Según el conductor del bus en el que me movilizaba, la capilla es privada, es frecuentada en su mayoría por personas de clases altas (alquilada) para realizar eventos especiales. La población nativa prefiere asistir a la capilla de Pontezuela (Cristo Sacerdote), donde también acuden veraneantes.

En el extremo sur de Rionegro, Pontezuela limita con la vereda El Chuscal del municipio de El Retiro. Ambas veredas son separadas por una pequeña cadena montañosa, declarada reserva forestal por la autoridad ambiental en la región (Cornare), y sitio donde la amplia vegetación de monte surte de agua al acueducto central de Pontezuela. A pocos metros de allí, en un pequeño llano, se encuentra una de las últimas fincas de recreo que bordean la montaña y que pertenece a Mónica Trujillo, médica pediatra que trabaja durante la semana en Medellín y utiliza su casa como segunda residencia durante los fines de semana.

Para subir a su casa hay que recorrer unos 2 Kilómetros desde la parte central de la vereda (El Crucero). Alrededor de la carretera destapada existen más de 20 fincas de recreo, sus linderos son cubiertos con plantas enredaderas, bambú y pinos, y en la entrada principal hay portadas protegidas con sistemas electrónicos o con sellos de candado, hecho que también ocurre en casa de Trujillo. Las construcciones más imponentes se encuentran en la parte final del recorrido, que mejora porque el empedrado cambia a carriles de cemento, a la vez que coincide con la no presencia de casas campesinas en sus alrededores. El recorrido hacia la montaña termina en casa de la pediatra, pues aunque el camino continúa hacia El

Retiro, cruzando una última finca, son muy pocas las personas que pueden transitar por allí ante su privatización, pese a que el camino es de carácter público.

De estatura media, 40 años aproximadamente, cabello corto, ojos cafés, piel blanca, y vestida de manera descomplicada (jeans azules, tenis blanco y camisa a cuadros), Mónica me saludó cordialmente, invitándome a tomar asiento junto a una mesa ubicada en un amplio prado verde en las afueras de su casa, que llega hasta el pie de la colina, y del que nacen diferentes especies de árboles y plantas que rodean el predio y los senderos que conectan la casa con la colina de monte. Su casa es una gran edificación de dos plantas, color blanco y vidrios de cristal. Le pregunté ¿qué motiva a las clases altas de Medellín a instalar una finca de recreo en los espacios rururbanos, en este caso en Pontezuela?:

Porque siempre hemos tenido finca por acá por el Oriente, primero en Fizeba –Club campestre en la vía Medellín-El Retiro–, y nos gusta el cambio, el cambio de la rutina de estar en Medellín con toda la bulla y la contaminación, y venir aquí el fin de semana a descansar, como aislarse uno un poquito [...] respirar el aire puro. Siempre nos ha gustado el campo. Será porque uno se crió así, que siempre había finca [...] los papás de nosotros tenían finca de recreo, siempre subíamos el fin de semana, fue como crecimos. No es romper del todo, porque eso es imposible, a la ciudad también le saca uno gusto, tiene sus cosas buenas, pero sí es muy rico poder tener la variación [...] de estar unos días allá otros días acá (entrevista, 2010).

Para complementar la descripción, resalto la percepción de dos nativos en cuanto al motivo de la estadía de veraneantes durante los fines de semana. En estos testimonios se evidencian dos tendencias. La primera confirma las razones expresadas por la veraneante Mónica en cuanto a su interés de buscar tranquilidad; la segunda por su parte, no se refiere tanto a actividades de descanso, sino que se orienten hacia el ocio y la diversión:

Hay ricos que quieren salir de Medellín, porque no es uno sí que son muchos los que quieren salir. ¿Por qué? Por cerca al aeropuerto, cerca de la central, entonces a la vez están en el campo y a la vez están en la ciudad y no tienen ese bullicio ahí constantemente como en Medellín. Que yo no he ido a Medellín, pero Dios quiera que no me toque” (Rubiel Giraldo, floricultor. Entrevista, 2010).

Ellos [los veraneantes] no se mantienen diario, solo cada ocho días. El rico pues, la gente de Medellín, es muy contado el que vive aquí mismo y trabaja afuera, se pueden contar. De resto suben cada ocho días a parrandear y hacer bulla. Claro que ellos también vienen mucho a descansar, a montar a caballo, y sus motos, y carajean todo el fin de semana pa'riba y pa' bajo (Ángela Ríos, ama de casa. Entrevista, 2010).

Con base en los datos referenciados anteriormente, hay varias cosas para señalar. Primero, cuando se describen las actividades que realizan los veraneantes provenientes de la ciudad, se hace referencia a lo que Joan Nogué denomina como habitantes *neorrurales*: “Son neorrurales todas aquellas personas que abandonan la ciudad y se dirigen al campo con un proyecto de vida alternativo, que puede ser tan diverso como diversas son las actividades a realizar” (Nogué, 1988 apud Barros, 2006: 329).

Cuando los veraneantes utilizan sus fincas de recreo como un segundo hogar que solo visitan los fines de semana, la mejor categoría para expresar esta característica tiene que ver con lo que Barros denomina *segundas residencias*, que hace alusión a viviendas utilizadas, temporal o permanentemente, por habitantes de origen urbano que no se encuentran ubicados en barrios cerrados, es decir, que se establecen en fracciones de tierra abiertas y su desarrollo es anterior a la construcción de los barrios cerrados (2006: 132).

Ahora, nótese que en las declaraciones de la pediatra la palabra más repetida por ella es cambio. ¿Qué significa cambio para personas de su clase? La respuesta está en sus declaraciones: aislamiento, alejarse de la bulla, de la contaminación y la rutina que produce la vida en la ciudad de Medellín. En un recuento de aquellas palabras que usa para explicar el motivo de su llegada a Pontezuela, encuentro que se pueden clasificar en dos grandes categorías, lo negativo de la ciudad y lo positivo del campo: en cuanto a la primera hay palabras comunes como rutina, bulla, contaminación y trabajo; mientras que a favor del campo expresa palabras como cambio, descanso, aislamiento, verde, aire puro y variación, claro, esto sin olvidar que su casa se encuentra en inmediaciones de una reserva forestal.

Lo anterior se enmarca en un nuevo imaginario ciudadano con respecto a lo rural versus lo urbano, de una nueva noción de lo rural basada en una conciencia ambiental. Los nuevos imaginarios colectivos giran en torno a la conservación del medio ambiente, discurso basado en el concepto de desarrollo sostenible, paradigma que busca “pensar globalmente y actuar localmente” para atacar la crisis que afronta el planeta ante el agotamiento de los recursos naturales. Esta nueva conciencia ambiental se lee en las palabras de la pediatra, pues finalmente “el hábitat rural se convierte en espacio amortiguador y regenerador, componente indispensable para el equilibrio ecológico y sitio privilegiado de reposo, descanso y ocio en contraposición al caos urbano” (Zuluaga, 2000: 8).

Claudia Barros habla de actividades compensadoras, definidas como aquellas que buscan la expansión de la ciudad en el campo, buscando la satisfacción de nuevas necesidades en el ámbito rural. Se trata de un *consumo de lugares*, es decir, el valor que se le da a lo rural como recurso escénico, diferente al uso del suelo asociado a lo productivo. El consumo de lugares, dice, está asociado a los discursos ambientalistas y/o turísticos, en búsqueda del atractivo de ciertos lugares rururbanos⁹, donde tiene más éxito el asentamiento de pobladores, como lo es el caso de los veraneantes. (2006: 329,330).

De otro lado, en cuanto a los testimonios de Ángela y los informes de diario de campo, hay elementos que ya no sólo se remiten a las actividades de descanso de los veraneantes, sino a la manera cómo se divierten y en los lugares que lo hacen. El tipo de sitios que suelen frecuentar los veraneantes, por ejemplo, la Iglesia, la hostería y El Crucero, entre otros, hacen parte de aquellos establecimientos que ofrecen actividades de turismo y recreación, y que son definidos por Barros como *establecimientos dedicados total o parcialmente al turismo rural en diferentes variantes* (2006: 332).

⁹Entendidos como aquellos espacios de contacto entre campo y ciudad, donde se intercalan diversas formas de organización territorial, algunas vinculadas con lo urbano y otras con lo rural.

Por último, tanto el testimonio de la pediatra como el de Rubiel, dejan ver una clara diferenciación entre campo y ciudad, más marcada en Rubiel por el hecho de no conocer a Medellín. Ahora, en el caso de los veraneantes no significa se contrapongan, pues es de recordar que su interés es combinarlos, de ahí que sus vidas en el campo se remita sólo a fines de semana y temporadas de vacaciones. Cuando Mónica señala que a la ciudad también le saca gusto está queriendo señalar que es allí donde está realmente su vida: su trabajo, su casa principal, sus amistades, el colegio de sus hijos y las posibilidades de realización personal de su familia. Para los veraneantes la dicotomía entre campo y ciudad se disminuye.

Tensiones entre nativos y veraneantes

A continuación expondré algunos casos donde se manifiestan serias tensiones entre veraneantes y lugareños, donde los primeros subordinan y determinan la vida de los segundos; donde se presentan casos de segregación socio-espacial ante problemas relacionados con la especulación de la tierra, la privatización de espacios rurales, las presiones económicas y la llegada de mayordomos.

Privatización del campo

Después de recorrer un total de veinte predios y de observar la forma como la mayoría de las casas veraneantes están protegidas en su interior, lo que más me llamo la atención fue la combinación de diferentes mecanismos de protección en las propiedades: letreros en la entradas con el anuncio de “prohibido el paso, propiedad privada”, “peligro, perros bravos” y “vigilado con alarma”; además del cierre de las portadas con candados o sistemas electrónicos, de dispositivos como citófonos, y en algunas fincas, el monitoreo a través de cámaras de video.

En entrevista con el veraneante José Gómez, 40 años aproximadamente, traté de buscar respuestas a esta tendencia de usar métodos tan rigurosos para proteger las propiedades. Solo me explicó el motivo de su llegada, aunque en unas líneas deja ver sus deseos de una mayor privacidad:

Me vine porque esto es muy tranquilo. Uno aquí puede venir y tirarse en esta hamaca sin que nadie lo moleste. Aquí usted no tiene problema de nada. Si alguien molesta ahí mismo está la alarma, incluso estoy pensando en comprarle una escopeta aquí al socio. [Se refiere a su vecino Martín Vergara, quien ríe mientras Gómez aumenta su seriedad] (José Gómez, veraneante. Entrevista, 2010).

Por su parte la veraneante Mónica Trujillo, fue más diciente en su testimonio:

Sí, tenemos cercado, pero es porque hay vacas que se comen el jardín, pero no es como por asustar a la gente. Aunque a uno le da miedo porque la gente [...] que uno supiera que pasan y no hacen nada, pero uno no sabe quién es quién. Por aquí no pasa nadie, porque uno realmente no sabe quién es quién” (Entrevista, 2010).

Es importante destacar algunas palabras que Mónica uso en su testimonio: “asustar”, “miedo” y “quién es quién”. En el caso de asustar, es de anotar que sí da a entender que el objetivo de los mecanismos de seguridad que posee –perros, alambradas y candados– son un método para motivar a las personas a no irrumpir en su propiedad; en el caso de la segunda y la tercera palabra citadas, se concluye que son estas las que explican la implementación de dichos mecanismos de seguridad, pues en realidad lo hacen por miedo y desconfianza ante el no conocimiento de las personas de la vereda. Se evidencia una clara desconfianza ante los nativos y sus vecinos veraneantes, además que el hecho de instalar una casa en el campo no los exime de traer consigo modos de protección de la ciudad.

El testimonio de José Gómez, presenta una postura más radical cuando menciona la palabra “escopeta”. Sus palabras están orientadas a una privatización y atomización de su vida, aunque no por ello este veraneante, lo mismo que Mónica, están desconectados de la realidad. En el caso de la pediatra y de su familia, su interés es evitar el contacto cara a cara con otras personas. Sin embargo, dicho aislamiento no significa desconexión. Mientras estuve presente en sus predios puede observar con detenimiento que posee los suficientes instrumentos –antena satelital de Directv, señal de internet, celulares, por ejemplo– para mantenerse conectada con la vida exterior. En cuanto a José también posee elementos que dan cuenta de una privacidad en cuanto a contacto solamente.

De otro lado, en los testimonios de los nativos se lee la otra cara de la moneda, es decir, las consecuencias que genera la privatización no sólo las propiedades sino también de los espacios rurales consuetudinarios. Son dos formas de interpretar y de darle significado al territorio. Mientras los veraneantes manejan un discurso orientado hacia su individualización, los nativos por su parte conciben el campo como ese espacio en donde construyen sus relaciones sociales. Su sentido de lugar se ve afectado ante la imposibilidad de continuar transitando por espacios que normalmente hacen parte de su diario vivir, y que significan la privación de derechos que involucran a la colectividad. A continuación algunos testimonios:

La actitud mía es que no se van a llevar el tajo en los pies. Entonces por qué le voy a negar la entrada si no se van a adueñar del terreno [...] yo vengo del campo (del municipio de Argelia), y por ejemplo pa' mi tierra usted llegaba y decía, hombre necesito que me deje pasar por aquí, uno decía bien pueda tranquilo. Es muy distinto por aquí que no se puede hacer eso. Allá hay un mayordomo y le digo déjeme coger esa gotica de agua para echarle a mis cultivos, el patrón le dice que no porque demás que va a secarle el agua, tiene miedo de que después le van a quitar el agua, pero la gente de por aquí no es así. No se roban nada (Rubiel Giraldo, campesino floricultor. Entrevista, 2010).

Antes teníamos una finquita por donde podíamos pasar a otras [fincas] y ya no se puede porque es propiedad privada. Eso es muy maluco, pero qué se va a hacer" (Nubia Ríos, tienda escolar. Entrevista, 2010).

Ahora ¿qué significa que los veraneantes decidan privatizar propiedades y caminos comunales, que finalmente son caminos públicos? De acuerdo con Giglia:

[...] la privatización del espacio público no es únicamente una forma de protegerse frente a la inseguridad creciente, sino también una manera de diferenciarse del entorno para 'distinguirse', y mantener en el interior del espacio cerrado un modo de vida con características específicas. Se trata, en suma, de 'defenderse de la ciudad', pero en un sentido muy amplio, protegiendo al mismo tiempo cierta forma de vida y los que se consideran como ciertos 'derechos' sobre el espacio urbano, derechos que no son reconocidos como tales por otros actores sociales, 'ajenos' a los que deciden cerrarse. Al cerrar sus calles los vecinos buscan preservar 'su' espacio y 'su' forma de vida contra las 'invasiones' de otros habitantes, más allá del mero protegerse contra la delincuencia (2002: 3).

Aunque Giglia plantea este análisis para las calles cerradas en las ciudades, se concluye que el único cambio en Pontezuela es que las clases altas ya no se *diferencian de la ciudad sino de la población nativa*. Además se pueden rescatar tres elementos comunes para el análisis de la vereda. Primero, la búsqueda de seguridad, –implementación de mecanismos de protección descritos en el diario de campo–; segundo, la diferenciación “hacia afuera” –tienden a marcar diferencias con los nativos– y tercero, la homogeneidad hacia el interior –se muestran como la familia modelo–. En la mayoría de las propiedades he observado que se pueden presentar conjuntamente estos 3 elementos, en otros casos actúan por separado.

Por otra parte, en testimonios como los de Ángela y Rubiel, se evidencia el grado de solidaridad que se vivía en la vereda y el que se vive después de la llegada de veraneantes. Los nativos siguen deseando y superponiendo los lazos de solidaridad orgánica, propios del actuar en comunidad, donde la acción se orienta con base al consenso según Tönnies (1997). En cambio los veraneantes hacen un uso más jurídico de sus acciones, enfatizando en las libertades individuales que les garantizan el libre acceso y la protección de la propiedad privada.

Por último, se percibe un tema ideológico. El nativo suele darle explicación al abuso del habitante de la ciudad por la condición de “ser pobre”: “porque piensan que porque uno es pobre, le puede afectar la finca, que no puede pasar por ahí” (Rubiel). El apartado discursivo opera en cierta medida como legitimador de actos que afectan el interés general, y que precisamente impiden que se pueda hacer una reclamación jurídica en el caso de los caminos comunales¹⁰. Así pues, la individualización de unos conduce a la división de otros.

Factores que determinan la salida de la población nativa de la vereda

En Pontezuela el desplazamiento de la población nativa ocurre de manera legal. Pues legalmente está permitida la ley de oferta y demanda de la propiedad, así lo

¹⁰ Recuérdese que el artículo 58 de la Constitución Política de Colombia hace énfasis en el interés común por encima del individual.

estipula por ejemplo el artículo 333 de la constitución política de Colombia de 1991 al señalar que “la actividad económica y la iniciativa privada son libres, dentro de los límites del bien común”. He decido incluir un apartado para describir una serie de fenómenos que desencadenan la salida de nativos, y que tocan temas como la especulación con la tierra, la valorización de predios, la llegada de mayordomos y el poder adquisitivo de los veraneantes.

Un primer elemento identificado, constante en las entrevistas realizadas, es la valorización de predios y la especulación con las tierras. Hay un testimonio que describe algunos ejemplos ilustrativos al respecto:

Le voy a poner un ejemplo, hace aproximadamente unos 4 meses se vino hablando del caso con un señor, un muchacho que vive por la parte de Figueroa (vereda). Los suegros de él, que viven en La Ceja, tenían una finca por la parte del Figueroa. Eran muchas cuadras de tierra, por ahí de 10 a 15 cuadras¹¹, y ese señor creo que vendió por unos 80 millones en ese tiempo, y logró hacerse a una casita en La Ceja. Y hace como un año, más o menos, que el señor que la tenía se la traspasó a otro señor como en 1.500 millones. Entonces en ese tiempo la gente nunca pensaba que iba a valer millones y millones [...] que esto iba a ser muy elegante, muy hermoso para vivir [...]. Entre más ratos se va valorizando más¹²[...]. La ambición de ellos en ese tiempo era la plata que les daban. Es que decían siete millones para mí es mucha plata y con eso me compro una casita en La Ceja o en Rionegro. Como le digo, por tanta ambición eso les pasa [...] podían alquilarla para no trabajar y así tenerlas ahí (Martín Vergara, trabajador, líder comunal, Entrevista, 2010).

Al observar el anterior testimonio, encuentro que las ventas de predios expresan un claro interés de tipo monetario por parte de las personas que Martín reseña. Partiendo de la ley de oferta y demanda, hay que entender en primera instancia

¹¹ Léase una cuadra de tierra equivalente a 6.400 metros cuadrados, mientras una hectárea corresponde a 10.000 metros cuadrados.

¹² Para contrarrestar esta parte del testimonio de Martín, recojo algunos datos de otra publicación (Gonzales, 2009: 65), que menciona algunas cifras al respecto: En la actualidad, los costos aproximados de metro cuadrado en diferentes áreas de proyectos de condominio son: Medellín vía las Palmas, Loma del Escobero 50 – 115 \$US, el Retiro, Rionegro- sector de Llano grande 25 – 60 \$US, Manizales, 25 – 40 \$US, Pereira, Cerritos, la Virginia 15- 60 \$US, Armenia, La Tebaida, Calarcá 25- 50\$US. Datos suministrados por <http://colombia.inmobiliaria.com/>, revistas de informe inmobiliario Antioquia, Construoferia, Caldas, Risaralda, años 2008-2009.

que es un factor que lleva a que los nativos vendan, claro, sin que sea el único. También el mismo Martín tiene una visión basada en la ganancia económica, pues su lamento ante lo sucedido tiene que ver con la imposibilidad de sacarle más beneficios económicos a las parcelas sin la necesidad de venderlas, por ejemplo arrendándolas como él o esperando a una mayor valorización; hecho que no exime la salida de nativos. Sin embargo, el deseo de vender no se puede separar ante la necesidad de superar afujías de tipo económico, ante el mismo decaimiento de la producción de tipo agrícola, ante las presiones por comprar, y ante el “sueño” de los nativos de llevar un mejor nivel de vida en lo urbano.

Para tratar de comprender otras motivaciones de los nativos para vender sus predios, considero pertinente ligar el anterior testimonio con una constante en la vereda. Se trata del alto costo en los impuestos de propiedad y en los servicios públicos domiciliarios¹³. En cuanto a los impuestos catastrales resulta paradójico que se clasifique con el mismo estrato socio-económico los hogares de nativos y veraneantes, esto sin diferenciar las condiciones de los moradores, de las viviendas, de los predios y de sus usos. Dos testimonios al respecto:

Por ese lado también nos tienen a nosotros pagando como a lo rico, todos llevamos del bulto. Al ser tan bonitas esas casas, nos cobran a nosotros como si tuviéramos las mismas casas” (Ángela Ríos, ama de casa. Entrevista, 2010).

Eso es lo que yo te digo, en eso si nos podemos ver afectados. Y si nos suben los impuestos probablemente tengamos que venderles a los veraneantes, porque uno para nivelarse con ellos es muy difícil (Yohana Castro, universitaria. Entrevista, 2010).

Este último testimonio deja ver que una de las motivaciones para vender es de tipo monetario, pero ya no por un interés de lucro, sino por la imposibilidad de pagar

¹³ Algunos recibos de pago de impuestos superan por ejemplo los 100 mil pesos mensuales en estratos dos y tres y con poca tierra; en telefonía hay altas tarifas en estratos bajos, oscilan entre 60 y 80 mil pesos al mes, en hogares con una densidad residencial de dos o tres personas y donde argumentan que “nunca” llegan a gastarse dichos costos; los lugareños también deben tributar el servicio de aseo (“deficiente”, opinan algunos) y de alumbrado público. En el caso del arriendo de hogares se pueden encontrar casas modestas, no veraneantes, en donde los precios oscilan entre 300 mil hasta 500 mil pesos. En consultas con empresas inmobiliarias, los precios para alquilar una finca de recreo inician en 600 mil pesos y superan el millón de acuerdo a la localización y las especificaciones del sitio.

los elevados impuestos que se cobran en la vereda. Hay que recordar que la mayoría de nativos son empleados de floristerías y tienen trabajos donde les pagan salarios mínimos, que según ellos, no les alcanzan para costear su alimentación, sus gastos personales y los impuestos. Así pues, ante la escasez de dinero para costear sus gastos, muchos nativos se ven obligados a vender sus propiedades a empresas inmobiliarias o personas veraneantes.

Un tercer factor a analizar es la presión que ejercen los veraneantes sobre los nativos ante las ofertas de compra de sus predios. Arriba he mencionado que en Colombia hay libertad de compra y venta de la propiedad privada, sin embargo, he encontrado que las ofertas de compra, además de estar acompañadas de “jugosas” ofertas de dinero, suelen ir de la mano de presiones relacionados con la privatización de los espacios rurales, la segregación socio-espacial en espacios comunes, y ante la llegada de mayordomos de otros lugares que finalmente los priva de una oportunidad laboral –los veraneantes no contratan a la población nativa porque según ellos los nuevos mayordomos provenientes de otros municipios son más laboriosos–. Estos motivos, además del económico, originan que finalmente los nativos decidan vender. A continuación dos casos ilustrativos:

Caso 1: Rubiel Giraldo (47 años), campesino oriundo de Argelia, vive en el centro de la vereda. Actualmente cultiva hortensias en un predio cedido por su patrón para que lo trabaje con la única condición de que cuide de la propiedad en su ausencia. Antes de Rubiel llegar a este terreno de aproximadamente 3 hectáreas, era propiedad de otro veraneante que lo vendió al actual patrón de Rubiel, aunque conservó un corto terreno en proximidades a un nacimiento de agua para instalar una segunda residencia. Cuando Rubiel llegó a este terreno decidió montar un cultivo de hortensias que le proporcionara el sustento para la sobrevivencia de su familia (cuatro integrantes) y así abandonar sus labores de mayordomo en otras fincas de recreo de la región.

Lo que más motivó a Rubiel para cultivar la hortensia, fueron las características que el terreno presentaba para una buena producción: tierra fértil y cercana a los

centros de comercialización, el no pago de arriendo y, sobre todo, la capacidad de irrigar sus cultivos durante las temporadas de sequía. Cuando el cultivo empezó a producir los resultados esperados por Rubiel y las cosas marchaban según lo planeado, un suceso puso a tambalear su sembrado. El anterior propietario decidió cortar el monte que protegía el nacimiento de agua, causando que el líquido se secase y el cultivo de Rubiel se viera afectado, además de otras propiedades que se beneficiaban del nacimiento.

Pese a que Rubiel desistió de llevar la queja ante las autoridades ambientales, porque según él finalmente el terreno no es suyo, y además su propietario se desentendió del tema, este hecho desencadenó una serie de tensiones entre la familia Giraldo y el veraneante, donde el segundo impuso su voluntad sobre un recurso de interés general. Claramente el mayor perjudicado fue Rubiel quien ahora busca el agua para su cultivo en un lugar más lejano y trata de mitigar una posible sequía ante la falta del líquido. Por otro lado, en los últimos meses el veraneante ha tratado de persuadir al patrón de Rubiel para que le venda el lote que antes era de su propiedad, sin importar el dinero que le pueda costar. Este hecho ha originado que Rubiel se sienta decepcionado –y resignado por el tono de sus palabras– y empiece a considerar la idea de retornar a su antiguo empleo y abandonar el lugar. Para él lo más importante es no tener problemas con nadie: “entonces yo digo que no gano nada con echarme a mis vecinos de enemigos, uno sí necesita de la amistad, una buena relación con la gente, pero a quién le va a pedir uno auxilio si todo el mundo es enemigo de uno, prefiero irme entonces”.

Caso 2: Relato de Paola Agudelo, estudiante universitaria:

Donde yo vivo, estoy rodeada totalmente de veraneantes. Mi casa es la única que llevamos viviendo ahí toda la vida, que somos de la vereda, y todo el resto de la gente es de Medellín y sólo vienen el fin de semana. Mi mamá es la única de las hermanas de mi familia que no vendió la tierra, que no la ha vendido, todos los otros se dejaron tentar, porque eran ofertas muy buenas [...] ellos ejercen una presión, porque en el caso de mi mamá le dicen véndame, le damos tanta plata, es que necesitamos, que la entrada está muy estrecha [...] ahora lo que quieren es que corramos la cerca para ampliarles el camino

a ellos. Entonces ahí entra una discusión, que por qué la vamos a correr, que si ya estaba por ahí. Entonces, primer aspecto negativo. Segundo, por ejemplo en esta finca a usted le dicen que no puede poner el equipo a este volumen porque mis hijos vienen a descansar, pero en la finca de al lado, no vienen a descansar, también vienen hacer bulla [...] pero uno se pone en el lugar y dice aquí estoy en medio de dos opiniones diferentes, ellos quieren que le merme pero allí me hacen bulla también. ¿Qué termina haciendo uno? vendiéndoles con tal de quitárselos de encima” (Paola Agudelo, universitaria. Entrevista, 2010).

En definitiva la salida de la población nativa de la vereda no sólo se debe a una explicación de tipo comercial. Más bien señalaría que es la conjunción de una serie de elementos: privatización del campo, grandes ofertas de dinero, modos diferentes de habitar el campo, contratación de mayordomos, cambio en las formas productivas, entre otros, que dan cuenta de los conflictos existentes entre ambos grupos sociales (veraneantes, nativos). Diría finalmente que en Pontezuela el desplazamiento de nativos ocurre de forma legal. ¡El fin justifica los medios!

CONCLUSIONES

Al profundizar en las transformaciones de la vereda Pontezuela se encuentra que los procesos históricos de la región han tenido mucho que ver en las dinámicas actuales de urbanización en cuanto a la instalación de fincas de recreo. Un primer elemento tiene que ver con el periodo histórico que vivió el Oriente, en especial la zona del Altiplano, después de la segunda mitad del siglo XX cuando las clases altas de la ciudad de Medellín decidieron trasladar sus industrias a dicha región, hecho que fue acompañado de una serie de mega proyectos como la construcción de complejos hidroeléctricos en la zona de Embalse, de la autopista Medellín-Bogotá y del Aeropuerto Internacional José María Córdoba. Es decir, en el momento en que esta serie de hechos se desencadenan de forma paralela se empieza a evidenciar una mayor concentración de habitantes neorrurales en lugares cercanos a los centros poblados y en los alrededores de los corredores viales.

Un segundo factor que explica la llegada de veraneantes es la expansión de la ciudad por encima de sus fronteras ante el colapso del modelo de ciudad compacta de Medellín. Han hablado de este fenómeno como proceso de periurbanización o suburbanización y hace referencia a un modelo de ciudad difusa en el que las clases altas deciden instalar sus hogares y segundas residencias en las áreas aledañas a la ciudad ante la imposibilidad de continuar con sus estilos de vida en las ciudades. Dicho proceso de suburbanización se da en parte por la capacidad que tienen los veraneantes de recorrer grandes distancias en sus automóviles desde la ciudad al campo y viceversa. Precisamente Pontezuela ofrece una serie de equipamientos físicos –vía pavimentada, colegio modelo– y ventajas comparativas como la cercanía con el sector de Llano Grande que lo convierten en un lugar deseado por los veraneantes.

Un tercer punto que explica la instalación de fincas de recreo en Pontezuela y que se suma a las anteriores, tiene que ver con las motivaciones de los veraneantes, que pasan por un nuevo ideal de retorno al campo, movido por los nuevos discursos del desarrollo sostenible y que buscan en el campo un espacio amortiguador y regenerador ante el estrés y el caos que produce la vida en la ciudad. Es decir, le dan un nuevo significado al campo en relación con actividades de ocio y de descanso, aunque no por ello renuncian a los modos de vida de la ciudad. Entonces, como primera gran conclusión, hay una interrelación de diferentes procesos estructurantes que han originado la urbanización de Pontezuela, un espacio propicio para la instalación de fincas de recreo, o segundas residencias.

Cuando hablamos de urbanización del campo, se acogió el concepto de rurbanización, que quiere significar la extensión de los modos de vida en lo rural. Es así como ese deseo de tranquilidad, de privacidad y alejamiento de la vida en la ciudad durante los días de descanso de los veraneantes ha transformado precisamente la vida de la comunidad nativa. La conclusión es que mientras los veraneantes buscan atomización, al mismo tiempo crean división entre la

comunidad, pues con la privatización de los espacios rurales modifican por completo la forma en cómo los lugareños le dan significado al territorio y construyen sus relaciones sociales. Ocurre una segregación socio-espacial, en modo de gueto, que ubica a los nativos en un sector y a los veraneantes en otro, de modo que éstos determinan e imponen sus costumbres sobre aquéllos.

En las relaciones socio-espaciales entre ambos grupos también se presenta una serie de tensiones, en cuanto a la imposibilidad que tienen los nativos de continuar viviendo en la vereda por las presiones que ejercen los veraneantes y los grupos inmobiliarios con intereses en la zona para la compra de tierras. He hablado de un desplazamiento legal porque ante la ley está permitido la libre compra y venta de predios, aunque es cuestionable la forma en que los ofertantes juegan con las necesidades de la población. En este ejercicio investigativo he mostrado cómo las jugosas ofertas de dinero no explican por sí solas la salida de nativos, sino que también hay que ligar la imposibilidad que tienen los lugareños de pagar los altos impuestos que se cobran en la vereda, hecho que se complejiza ante los bajos salarios que devenga la mayoría de la población al depender laboralmente de empresas agroindustriales. A lo anterior también se suma la especulación con la tierra, que hace referencia a la cantidad de dinero que se da por un predio para venderlo en el futuro por cifras superiores, caso que no ocurre con los lugareños pues la mayoría vendió cuando las tierras aún no se valorizaban.

Por último, con este ejercicio investigativo más que entregar una respuesta absoluta sobre las relaciones socio-espaciales entre veraneantes y nativos, quedaron por el contrario una serie de preguntas abiertas que sirven para alimentar el debate sobre los procesos de urbanización del campo. Por el momento mis preguntas giran en torno a la inclusión: ¿Qué tan incluyente puede ser una planificación del desarrollo orientada a beneficiar a los poderes económicos, representados en este caso por los veraneantes? ¿Será incluyente la construcción de vías que privilegien al *señor automóvil* de las clases altas? ¿Qué futuro pueden tener los campesinos nativos cuando se enfrentan al capital, que sólo le interesa lo rural como sitio de descanso y que usa toda clase de métodos,

así sean legales, para “convencerlos” a vender? Son preguntas que surgen a raíz de lo aquí planteado, cuyas respuestas ya no solo deben seguir buscándose en los planes de desarrollo o en los documentos oficiales, sino también en lo cotidiano, en los fenómenos particulares que ayudan a comprender lo general.

Ahora, no se trata de ser pesimistas y adoptar un discurso en contra de la llegada de veraneantes, esto sería alimentar el viejo discurso romántico de quienes sufren por algo que ni siquiera conocen. La realidad es otra, el proceso de urbanización del campo es algo irreversible, no tiene vuelta atrás, más bien habría que pensar en una ciudad más incluyente, en donde la llegada de unos no signifique la división y salida de otros.

BIBLIOGRAFÍA

AGUDELO, Luis Carlos (2006). *La ruralidad en el ordenamiento territorial en Colombia*. Ponencia presentada al Congreso de ACIUR. Celebrado en Bogotá en noviembre 29, 30 y diciembre 1 de 2006. Bogotá. Universidad nacional de Colombia.

_____ (2002). *Caracterización de los procesos actuales de expansión de la urbanización en el Valle de Aburrá*. Medellín: Universidad nacional de Colombia sede Medellín.

BAIGORRI, Artemio (2000). *De lo Rural a lo Urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de Urbanización Global*. V Congreso Español de Sociología – Granada, 1995. Grupo 5. Sociología Rural. Sesión 1ª. La sociología rural en un contexto de incertidumbre.

BARROS, Claudia (2006). “La ciudad en el campo: Nuevas ruralidades nuevos lugares rururbanos”. En: Nogué, Joan y Romero, Joan (editores), *Las otras geografías*. Valencia: Tirant Lo Blanch, pp. 325 – 338.

CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE COLOMBIA (1991.) Artículos 64, 65, 319, 333.

DURAN, entrena (2006). *Procesos de periurbanización y cambios en los modelos de ciudad. Un estudio europeo de casos sobre sus causas y consecuencias*. Granada: Universidad de Granada. Departamento de Sociología.

GARCIA, Inés García (2007). "Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El Oriente antioqueño: de La Violencia de los cincuentas al Laboratorio de Paz". *Controversia* 189. Bogotá: Cinep. pp. 129-145. Bogotá, diciembre.

GUTIÉRREZ, Zoraida (2009). "La expansión urbana sobre las periferias rurales del entorno inmediato a la ciudad metropolitana". En: *Revista Soluciones de Postgrado EIA*, Número 3. Medellín: Universidad Nacional. pp. 63 - 74.

GIGLIA, Ángela (2002). *Privatización del espacio, auto segregación y participación ciudadana en la ciudad de México: el caso de las calles cerradas en la zona de Coapa* (Tlalpan, Distrito Federal). En: http://uam-antropologia.info/web/articulos/giglia_art02.pdf. Consultado 27/11/2010.

GONZÁLEZ, Juan Leonardo (2008). *Hábitat en la periferia urbana: el caso de Manizales* (Colombia). Manizales. Tesis de Maestría en hábitat, Universidad Nacional de Colombia.

_____ (2009). "Condominios y estabilidad ecológica en los andes centrales colombianos". En: *Revista Luna Azul*. No. 29, julio-diciembre 2009. Manizales: Universidad de Caldas. pp. 54- 57.

INER (2000). *Oriente. Desarrollo regional: una tarea común universidad-región*. Medellín: Universidad de Antioquia.

LEFEBVRE, Henry (1980). *La revolución urbana*. Madrid: Editorial Alianza. Tercera edición.

LEY 388 DE 1997.

LLAMBI, Luis y PEREZ Edelmira (2006). *Nuevas ruralidades y viejos campesinismos*. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. En:<http://www.alasru.org/cdaldasru2006/12%20GT%20Luis%20Llamb%C3%AD,%20Edelmira%20P%C3%A9rez.pdf>. Consultado 08/04/2010.

OBSERVATORIO DE PAZ DEL ORIENTE ANTIOQUEÑO (2007). Línea base del Observatorio de Paz del Oriente antioqueño. Rionegro, Antioquia.

PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE RIONEGRO. (2000). Por una ciudad más humana.

SECRETARIADO NACIONAL DE PASTORAL SOCIAL. Sección de Movilidad Humana (2001). *El Desplazamiento Forzado en Antioquia 1985-1998* (2001). Volumen 6: Oriente Antioqueño. Bogotá.

SCHÜTZ, Alfred (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires: Paidós.

TONNIES, Ferdinand (1977). "Teoría de la comunidad y teoría de la sociedad [1887, 1912]". En: *Comunidad y sociedad*. Madrid: Aguilar. pp. 65-116.

ZULUAGA, Gloria Patricia (2005). *Dinámicas territoriales en frontera rural-urbana en el Corregimiento de Santa Elena*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

_____ (2000). "Las nuevas funciones del espacio rural". En: *Ensayos Forhum 15*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. pp. 1–12.